



Sin indicación de año

III DOMINGO DE ADVIENTO

María Eugenia de Jesús

Hermanas:

Esta semana de Adviento parece ser más particularmente la semana de la espera de Jesucristo. Encontramos en el Oficio muchas las palabras que nos dicen, de una manera imperiosa, la espera del Señor: “He aquí, que el Señor vendrá y no tardará... El Señor está cerca. Venid, adorémosle”.

Hay que despertar nuestra fe en la venida actual de Nuestro Señor porque, dentro de diez días, celebraremos la fiesta de su nacimiento. Hay que prepararse con fervor, porque la vida espiritual es una vida real. Hay que tratar de entrar en las disposiciones que la Iglesia nos sugiere por las palabras que la Liturgia santa propone para este tiempo.

Vamos a celebrar también dentro de algunos días la fiesta de la Expectación de la Santísima Virgen, que es como el modelo de los sentimientos que debemos tener en nosotras. Ella esperaba ver el rostro de Nuestro Señor, vivir con Jesús y también sufrir con Él. Primeramente esperaba ver el rostro humano de Nuestro Señor. También nosotras busquemos el rostro de Dios: es el fin de nuestra vida y, contemplarlo en el cielo, será nuestra felicidad durante toda la eternidad.

Ya aquí abajo, a través de las sombras de la fe, podemos, por la meditación del Evangelio, representarnos a Jesús tal como era sobre la tierra. Podemos figurarnos qué majestad, qué amor, qué dulzura revelaba a los hombres su rostro humano. Pero lo que debemos buscar sobre todo es formar en nosotras esa semejanza. Jesús es la imagen del Padre celestial y serán predestinados los que Dios encuentre en conformidad con la imagen de su Hijo divino.

Es necesario aplicarnos más particularmente, estos últimos días del Adviento, en formar en nosotras la semejanza de Nuestro Señor para que El aparezca en nosotras en las disposiciones de dulzura, de paciencia, de profundo abajamiento, de menosprecio de las cosas creadas, del amor por las cosas eternas.

Esperamos que Jesús venga a traernos más santidad, pero hay que esperarlo, desearlo, no importa cuál sea nuestro pobre pequeño grado de amor. Jesucristo vino para retirar a los hombres del pecado. Gracias a Dios, no estamos inmersas en el pecado, pero sentimos las miserias que son las secuelas del pecado, y hay que levantar nuestro corazón a Dios por la confianza en Aquel que debe venir. La Iglesia nos compromete por las palabras de los libros sagrados. Ella quiere que los pusilánimes se armen de valor, que todos tengan confianza en el Salvador que nos ha sido prometido. A pesar de nuestra impotencia, de nuestra malicia, debemos esperar en el Salvador.

La Santísima Virgen esperaba vivir con Jesús. Todavía es una realidad para nosotros. Jesús se hizo hombre para permanecer con nosotros, para ser el compañero de nuestra vida. Pero si Él viene a nosotros, no quiere ser molestado, quiere llevar una vida plena, completa. También tenemos que preparar nuestra alma, nuestro espíritu, para permitirle un amplio lugar, para dejarle la libertad de depositar en nosotras sentimientos de adoración, de amor de su Dios, de celo por su gloria y por la salvación de las almas, y también para dejar o rechazar todo lo que es contrario a sus santas disposiciones. Es necesario que nuestro espíritu sea el resplandor de su espíritu, que nuestro corazón sea el resplandor de su Corazón, que nuestra voluntad le esté enteramente sometida.

En el momento del nacimiento del Salvador, los ángeles han anunciado: “Paz a los hombres de buena voluntad”.

¿Qué es la paz? Es estar conforme con Dios y no es necesario más que esto y la buena voluntad para que Jesús pueda vivir en nosotras. Entonces nuestra alma glorificará a Dios, en una vida que podrá estar escondida a los ojos de los hombres, pero que será muy agradable a Dios si puede ver algo que parezca a sus ojos revestido de Jesucristo.

Hay que esperar, además, como la Santísima Virgen sufrir con Jesús y por Jesús. María tiene un lugar extraordinario en la vida de Jesucristo porque era inmaculada, iba de virtud en virtud, nunca la menor imperfección ha disminuido su caminar hacia Dios. No solamente ella ha compartido sus alegrías, sino que ha participado a sus sufrimientos en un grado tal como ninguna otra criatura hubiera pretendido. Sin embargo, todos nosotros tenemos en cierta medida que sufrir con Nuestro Señor, y quién es la que no ha tenido jamás el presentimiento de algún sufrimiento. Ordinariamente lo que detiene nuestra generosidad, es que tememos los sufrimientos, las dificultades, las preocupaciones que podamos encontrar.

Sería necesario, para prepararnos a la fiesta de Navidad, elevar nuestros corazones, llevarlos a ser más generosos para Nuestro Señor sufriendo con Él. Toda su vida ha sido una vida de sufrimientos, uno puede decir que Él viene por eso, porque viene para expiar nuestras desobediencias. Si queremos unirnos a Él, hay que esperar a sufrir, pero no hay que espantarse por el sufrimiento.

Nuestro Señor está ahí para ayudarnos, como lo decimos en el Oficio. Desde por la mañana es nuestro brazo, es decir nuestra fuerza y, en el tiempo de la tribulación, nuestra salvación. Con demasiada frecuencia nos paramos en la tribulación, pero ¿es qué pensamos en la salvación que Jesús nos trae, en el auxilio que encontramos en Él?

No es bastante llevar la Cruz sobre nuestros hombros, hay que llevarla en nuestra alma para ser encontrados parecidos a Jesús en el último día. Así pues, cuando preveamos alguna pena, algún sufrimiento, en lugar de desolarnos, pensemos en buscar la salvación en Aquel que nos conducirá a través de las aguas de la tribulación sin ser sumergidas.

Propongámonos, con ocasión de esta gran fiesta de Navidad, buscar el rostro de Dios. Le corresponde a Él formar en nosotros el parecido con Jesucristo. Démosle nuestra personalidad para que Él ponga sus pensamientos, sus sentimientos, en lugar de nuestros pensamientos, de nuestros sufrimientos. Propongámonos además vivir y sufrir con Él, tomándole como el compañero de nuestra vida. Si lo esperamos así, en unión con la Santísima Virgen, nos traerá todavía mayores gracias.